



Convenio y Conversación

Jonathan Sacks
THE RABBI SACKS LEGACY

ESTUDIOS SOBRE ESPIRITUALIDAD

DE LAS ENSEÑANZAS Y ESCRITOS DEL RABINO LORD JONATHAN SACKS

Con agradecimiento a la Familia Schimmel por su generoso patrocinio de Convenio y Conversación, dedicado a la memoria de Harry (Jaim) Schimmel. "He amado la Torá del Rabino Jaim Schimmel desde que la encontré por primera vez. No solo busca tratar acerca de las verdades superficiales, sino también en su conexión con una verdad más profunda que yace bajo la superficie. Junto a Ana, su notable esposa por 60 años, han construido una vida dedicada a amar a la familia, la comunidad y la Torá. Una pareja extraordinaria que me ha conmovido más allá de toda medida con el ejemplo de sus vidas." – Rabino Sacks

Miketz

Traductor: Carlos Betesh

Editora: Michelle Lahan

Esperar sin desesperar

Algo extraordinario ocurre entre la parashá de la semana pasada y la de esta semana. Es casi como si la pausa entre una y otra fuera parte del mismo relato.

Recuerden que la parashá anterior trataba sobre la niñez de Yosef, enfocando, no sobre lo que ocurrió sino sobre *quién hizo* que ocurriera. Al tomar la etapa inicial de su vida como si fuera un rápido viaje, Yosef es descrito como pasivo, no activo; no el hacedor sino al-que-le-hacen; el objeto, no el sujeto de los verbos.

Fue su padre el que lo amaba y el que le dio un hermoso manto bordado. Fueron sus hermanos los que le tenían envidia y lo odiaban. Soñaba, pero no porque lo deseaba sino porque, de una forma misteriosa y aún desconocida, se nos presentan los sueños en la mente incluso en contra de nuestra voluntad.

Sus hermanos, mientras pastoreaban el ganado, planearon matarlo. Lo arrojaron a un pozo. Lo vendieron como esclavo. En la casa de Potifar, ascendió a un puesto importante pero el texto aclara explícitamente que no era por mérito de Yosef sino por Dios: "*Dios estaba con Yosef* y fue un hombre exitoso; estaba en la casa de su amo egipcio. Y su amo vio que *Dios estaba con él*, y que *fue a causa de Dios que todo lo que él hacía prosperara* en sus manos." (Gén. 39:2-3)

La esposa de Potifar trató de seducirlo y fracasó, pero aquí también Yosef fue pasivo. Él no la buscó, ella lo buscó a él. Luego "tomó su vestimenta

diciéndole 'acuéstate conmigo', pero él se soltó dejándole su ropaje en la mano y huyó hacia afuera" (Gén. 39:12). Al presentar la prenda de Yosef como evidencia, ella hizo que lo encarcelaran bajo una acusación totalmente falsa. Yosef nada pudo hacer para demostrar su inocencia.

En la prisión nuevamente se transformó en líder, en conductor, pero nuevamente la Torá deja en claro que esto no era por mérito propio sino por la intervención Divina: "*Dios estaba con Yosef* y le mostró bondad. *Le mostró favor* ante los ojos del guardián de la cárcel... Cualquier tarea a realizar era él el elegido para hacerla. El jefe de los

guardias se desinteresaba de todo lo que estaba a cargo de Yosef porque *Dios estaba con él*; y *cualquier cosa que hiciera, Dios lo hacía prosperar*". (Gén. 39:21-23).

Aquí se encontró con el mayordomo y el panadero del Faraón. Ellos soñaron y Yosef interpretó sus sueños, pero insistió en que no era él sino Dios el que interpretaba. "Yosef les dijo '*¿las interpretaciones no pertenecen a Dios?* por favor cuénteme sus sueños'" (Gén. 40:8).

No hay nada parecido a esto en todo el Tanaj. Cualquier cosa que le pasara a Joseph era debido a las acciones de otros: del padre, de los hermanos, de la esposa de su amo, del jefe de los guardiacárceles, o de Dios mismo. Yosef era la pelota arrojada por las manos de otros y no de las suyas.

Entonces, en realidad por primera vez en toda la narración, Yosef decidió tomar el destino en sus propias manos. Sabiendo que el jefe de los mayordomos estaba por ser restituido a su cargo anterior, le pidió que le llevara su caso a la atención del Faraón: "Acuérdete de mí cuando te vaya bien; te ruego que tengas la gentileza de mencionarme al Faraón así puedo salir de este lugar. Puesto que de verdad fui sacado de la tierra de los hebreos; y aquí no he hecho nada que justifique mi encarcelamiento" (Gén. 39:14-15).

Se había cometido una doble injusticia, y Yosef vio que ésta era una oportunidad para volver a ser libre. Pero el final de la parashá nos da un golpe devastador: "El jefe de los mayordomos *no se acordó* de Joseph, y *se olvidó* de él" (39:23). El anticlímax es intenso, enfatizado por los dos verbos "no se acordó" y "se olvidó." Tenemos la sensación de que Yosef está esperando la noticia día a día. Pero nada aparece. Su última, su mejor esperanza se desvanece. Nunca será liberado. O así parece.

Para entender el poder de este suspenso, debemos recordar que solo desde la invención de la imprenta y la disponibilidad de libros podemos saber qué pasará en el futuro simplemente dando vuelta una página. Durante muchos siglos no había libros impresos. La gente conocía la narración bíblica principalmente *escuchándola* semana a

semana. Los que oían la historia por primera vez debían esperar hasta la semana siguiente para descubrir cuál sería el destino de Yosef.

La interrupción de la parashá equivale de alguna forma en la vida real a la demora que experimentó Yosef en la prisión, que como nos dice el comienzo de la parashá de esta semana duró "Dos años enteros". Fue entonces que el Faraón tuvo dos sueños que ningún integrante de la corte pudo interpretar, lo cual sirvió para que el mayordomo recordara a la persona que había conocido en la cárcel. Yosef fue llevado al Faraón y en horas se transformó de anónimo a héroe: de prisionero sin esperanza a virrey del imperio más grande de la antigüedad.

¿A qué se debe esta sucesión extraordinaria de eventos? Nos está diciendo algo importante, ¿pero qué? Seguramente esto: *Dios contesta nuestras plegarias, pero con frecuencia no cuándo lo pensábamos o cómo lo pensábamos.* Yosef deseaba salir de la prisión, y salió de la prisión. Pero no inmediatamente y no porque el mayordomo hubiera cumplido con su promesa.

Esta historia nos dice algo fundamental acerca de la relación entre nuestros sueños y nuestros logros. Yosef fue el gran soñador de la Torá y sus sueños en una buena parte se convirtieron en realidad. Pero no en la forma que él o cualquier otro pudo haber anticipado. Al final de la parashá de la semana pasada – con Yosef aun en la cárcel – parecía que sus sueños acabarían en un ignominioso fracaso. Tuvimos que esperar una semana, como tuvo él que esperar dos años, para descubrir que no sería así.

No hay logro sin esfuerzo. Ese es el primer principio. Dios salvó a Noaj del diluvio, pero antes Noaj debió construir el arca. Dios le prometió a Abraham la tierra, pero antes debió comprar la cueva de Majpelá para enterrar a Sará. Dios le prometió a los israelitas la tierra, pero debieron librar batallas. Yosef se convirtió en líder, como había soñado que sería. Pero antes debía perfeccionar sus habilidades prácticas y administrativas, primero en la casa de Potifar, luego en la prisión. Aun cuando Dios nos asegure que algo

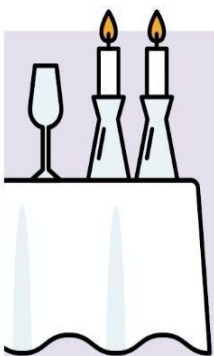
va a pasar, no ocurrirá sin nuestro esfuerzo. Una promesa Divina no es sustituto de la responsabilidad humana. Por el contrario, es un *llamado a la responsabilidad.*

Pero el esfuerzo solo no es suficiente. Necesitamos *seyata di-Shemaya*, "la ayuda del Cielo." Necesitamos tener humildad para reconocer que dependemos de fuerzas que no están bajo nuestro control. En Génesis, nadie invocó más a Dios que Yosef. Como dijo Rashi (a Gen. 39: 6) "El nombre de Dios estaba constantemente en su boca." Reconoció la ayuda de Dios en cada uno de sus éxitos. Él reconoció que sin Dios no hubiera podido hacer todo lo que hizo. De esta humildad, vino la paciencia.

Aquéllos que han obtenido logros significativos, frecuentemente, se encontraron con esta combinación inusual de experiencias. Por un lado, trabajan duramente: trabajan, practican, se esfuerzan. Por el otro, saben que no es solamente su mano la que escribe el guión. No es únicamente nuestro esfuerzo el que decide el resultado. Por eso rezamos, y Dios contesta nuestras plegarias – pero no cuándo ni cómo lo esperamos. (Y, a veces, la respuesta es "no").

El Talmud (Niddah 70b) lo expresa sencillamente. Pregunta: ¿qué hay que hacer para ser rico? Contesta: trabajar duramente y comportarse con honestidad. Pero, dice el Talmud, muchos lo han intentado y no son ricos. Contesta: Debes rezar a Dios que es de donde proviene toda riqueza. En ese caso, pregunta el Talmud, ¿por qué trabajar tanto? Porque, contesta el Talmud, *lo uno sin lo otro es insuficiente.* Se necesitan las dos cosas, el esfuerzo humano y el favor Divino. Debemos ser, de alguna manera, impacientes y pacientes. Impacientes con nosotros mismos, pero pacientes para esperar la bendición de Dios por nuestros esfuerzos.

La demora de una semana entre el intento fallido de Yosef de salir de la cárcel y su posterior éxito nos enseña que hay un delicado equilibrio. Si trabajamos lo suficiente, Dios nos otorgará éxitos – pero no cuando lo queramos nosotros, sino a su debido tiempo.



PREGUNTAS PARA LA MESA DE SHABAT

1. ¿Cómo pueden la humildad y la fe traernos paciencia?
2. ¿Puedes nombrar algunas otras figuras bíblicas que, como Yosef, le rezaron a Dios para pedirle ayuda e hicieron su parte?
3. ¿Cuándo alcanzaste el éxito? ¿puedes atribuirle esto tanto a la ayuda Divina como a tu trabajo duro para conseguirlo?

● These questions come from this week's **Family Edition** to Rabbi Sacks' Covenant & Conversation. For an interactive, multi-generational study, check out the full edition at www.rabbisacks.org/covenant-conversation-family-edition/mikketz/to-wait-without-despair/.